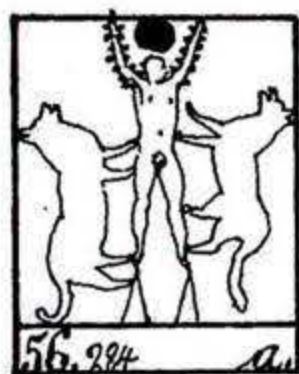


del volumen de materia y energía que fluyen a través de la economía" (pág. 80).

El pensamiento utópico admite digresiones audaces que, como en este trabajo, intentan armar un *clon* conceptual de posciudad con piezas de diseño urbano humanizado, salud ocupacional, democracia directa, autoorganización cultural, industria *light*, bajo el común denominador del reconocimiento de los límites entrópicos y biofísicos. A los autores se les debe agradecer la buena intención de ofrecer un diagnóstico de las ciudades que conocen y han tenido la posibilidad de investigar. Queda la sensación de que, por la complejidad de los problemas y las ramificaciones de los mismos, este tipo de ejercicio de síntesis multidisciplinaria, debería abrir más espacio a investigar el mundo invisible (*underground*) con pleno reconocimiento de los arsenales de creatividad social, solidaridad e iniciativas autogestionarias de supervivencia, que se siguen oponiendo al imperio inclusivo de la lógica de competitividad y globalización. Ello implicaría reforzar tareas menos binarias que los estudios regionales y locales para planificación urbana, en favor de estudios sociales de observación y etnografía, como los promovidos por las autoridades de Santafé de Bogotá y otras ciudades.



No hay que olvidar que la ciudad caótica no equivale a la "selvatización" en cemento-pavimento, ya que una selva es un ecosistema estable, en tanto la ciudad es un ecosistema en proceso de degradación y destrucción. Lo que está agotado en cambio es la preeminencia de la visión economicocentrista sobre el desarrollo urbano<sup>3</sup>.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

<sup>1</sup> A partir del clásico *Trabajo industrial y conciencia obrera* (Kern/Schumann, 1970), hasta el interesante estudio sobre *Imágenes sociales de la modernización y la transformación tecnológica* (Cepal, 1995).

<sup>2</sup> Delincuencia, violencia reivindicativa, violencia revolucionaria, violencia represiva, terrorismo de Estado, agresividad ambiental. Véase Antonio Elizalde, "Violencia urbana ¿partera o sepulturera de la crisis?", en *Comunidad*, Estocolmo, 2/3:89, págs. 17-20.

<sup>3</sup> Asunto sobre el cual ya han recalcado de manera suficiente autores como Viviescas, Beatriz Sarlo y García Canclini en *La ciudad de los viajeros* (1996).

## Un asunto bicolor

**Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899**

Helen Delpar

Traducido por Álvaro Bonilla Aragón  
Procultura, Santafé de Bogotá, 1994,  
550 págs.

El libro de la señora Delpar, elaborado originalmente como disertación doctoral para una universidad norteamericana, se propone caracterizar el desarrollo del radicalismo colombiano, desde sus orígenes en la convención que se reunió en Rionegro, Antioquia, en febrero de 1863 tras el triunfo militar bajo el mando supremo de Tomás Cipriano de Mosquera y expidió la constitución liberal y federal (su acta de nacimiento), hasta su ocaso durante el movimiento de la "regeneración", que fue también el resultado de un triunfo militar (en este caso el de sus opositores en 1885) y se materializó institucionalmente en la constitución centralista y autoritaria aprobada al año siguiente, para concluir con una somera consideración sobre la así llamada "guerra de los Mil Días" que termina en los albores del siglo XX.

Sin embargo, en su capítulo I, intitolado "Los orígenes del liberalismo colombiano", la autora se remonta, como hoy nos parece obvio, a la administración del general Santander (1820), durante la cual aparecieron en el contexto de la política grancolombiana tendencias que podrían ser descritas como

"liberales" o "conservadoras". Mientras el vicepresidente y sus amigos "eran partidarios de políticas destinadas a reducir la influencia y los privilegios del clero católico y a estimular la empresa privada mediante la reforma de la estructura económica colonial que había sobrevivido a la guerra de independencia con pocas modificaciones" —asuntos ambos que, en realidad permanecieron sin solución hasta el gobierno de José Hilario López, durante el cual se inició un proyecto de modernización que alertó a los sectores más tradicionalistas, los que defendían el *statu quo* heredado de la colonia y la predominancia del clero—, los conservadores se agruparon en la oposición, con la pretensión de monopolizar el pensamiento del libertador.

En palabras de la autora, "para los liberales del siglo XX el gobierno de López constituyó un hito en la historia de la nación, señalando la liberación del fanatismo, del monopolio y de los privilegios que habían subsistido aún después del régimen español", mientras los conservadores "recordaban la era de López por su desorden, crímenes y ateísmo", durante la cual "elementales derechos de propiedad y libertad fueron flagrantemente conculcados".

Precisamente durante este período se dio el nombre de "liberal" a la coalición de "santanderistas, jóvenes reformadores y artesanos que habían apoyado a López, como también a sus seguidores de las provincias", mientras que aquellos que adhirieron a los gobiernos de la década del cuarenta y se opusieron luego a la mayor parte de las reformas terminaron por llamarse a sí mismos "conservadores", tal y como se lo reconocía en el primer número de *El Nacional*, un periódico fundado en Bogotá por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, cuyo primer número apareció el 21 de mayo de 1848; de acuerdo con los editores, el núcleo del partido conservador estaba compuesto por "hombres que amaban la libertad, la paz y la seguridad, dedicados a su familia y a su trabajo", mientras el del partido liberal estaba compuesto por "descontentos que se volvían hacia la política con la esperanza de mejorar su suerte" (pág. 15).

La elección de José Hilario López, presionada por los artesanos más o menos organizados y decidida por el congreso en la célebre reunión de la iglesia de Santo Domingo el 7 de marzo de 1849 “en tormentosa sesión que se ha convertido en uno de los episodios más controvertidos de la historia de Colombia”, significó una verdadera cisura, aunque en realidad las reformas liberales de 1849-1853 “habían sido anunciadas por el gobierno de Mosquera, quien fue el primero que en forma coherente intentó traer a la Nueva Granada las corrientes económicas y culturales que prevalecen en Occidente en estos días”, como lo ilustran sus medidas tendientes a la regulación de la navegación a vapor por el río Magdalena y la liberación de las trabas para el cultivo del tabaco, cuya exportación se convertiría en la principal fuente de divisas.



Con algunos ejemplos pertinentes ilustra la autora el proceso de las reformas: “La elección de los curas párrocos por los consejos municipales era una de las tantas medidas anticlericales promulgadas por liberales que deploaban la influencia temporal y espiritual del clero, en especial dentro de las masas analfabetas. El 21 de mayo de 1850 fue promulgado un decreto mediante el cual se ordenaba la inmediata expulsión de todos los jesuitas, medida que había sido urgida por la Sociedad Democrática y por la mayoría de los miembros del congreso, aunque el mismo presidente López dudó antes de tomar la decisión final”. Mediante la ley del 21 de mayo de 1851 se decretó la abolición de la esclavitud, culminando con ello el proceso iniciado en el congreso de Cúcuta en 1821. Otro proceso iniciado en Cúcuta y que se completa

en 1850 fue la ley que autorizaba a las asambleas provinciales a dividir las tierras comunales y los resguardos indígenas, asunto en relación con el cual considera acertadamente la autora: “Aunque se esperaba que la medida aumentaría la producción agrícola y simultáneamente beneficiaría a los indios, la ley se convirtió en gracia especial para los terratenientes y políticos locales que compraron las tierras de aquellos por una pitanza y a menudo las convirtieron en tierras de pastoreo” (pág. 17).

Sin embargo, y pese a estos acentos doctrinarios que arraigaban al liberalismo colombiano en el ideario de la revolución francesa, el partido liberal distaba bastante de ser un ente organizado y consistente. En realidad, como lo subraya la autora, “la proclividad hacia la división había caracterizado al partido liberal desde la década de 1840 cuando emergió como fuerza política”, por la convergencia de una serie de factores que habían contribuido a crear lo que ella denomina como “las tendencias centrífugas” del partido: “La irresponsabilidad del liderazgo, una ideología que ensalzaba el individualismo y, sobre todo, las diferencias económicas y sociales entre las varias regiones del país, agravadas por un inadecuado sistema de transportes y comunicación”. Como resultado de todo ello, el partido liberal era en la realidad “un agregado de grupos locales y regionales que podían unirse, en momentos críticos, como ocurría a menudo, conducta que no era invariable o automática”.

La división más sintomática de mediados de siglo fue la que se expresó en la conformación de dos grupos: el de los “gólgotas”, partidarios del librecambio, que representaban los intereses de los hacendados y los comerciantes importadores, y el de los “draconianos”, partidarios de una política proteccionista y que contaban con el apoyo de los artesanos nucleados alrededor de las sociedades democráticas, que tan determinantes habían sido para la elección de López. Tras el breve episodio “populista” del general José María Melo, quien dio un golpe de estado el 17 de abril de 1854 e intentó un gobierno a favor de los artesanos, los gólgotas se aliaron con los conservadores y restau-

raron el régimen constitucional, persiguiendo a las ligas de artesanos y a las sociedades democráticas (que finalmente serán prohibidas en 1886).

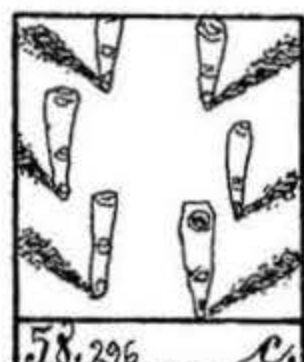
El capítulo II trae una somera descripción de las diversas regiones y de los nueve estados que conformaban el país, así como de su actividad económica y su alineación partidista, haciendo énfasis en particular en el dinamismo de dos de ellos: Antioquia y Santander, que contrastaban con la precariedad de la actividad social en Santafé de Bogotá, calificada por don Miguel Samper en sus artículos de 1867 (recogidos luego en un libro con el título *La miseria en Bogotá*) como “la capital más atrasada de Sur América”. Aunque en un “retrospecto” escrito en 1896, cuando la población ya alcanzaba los 80.000 habitantes, hacía constar que la situación algo había mejorado, ella continuaba siendo, en comparación con otras capitales del subcontinente, una ciudad menor, lo que en buena parte se debía a que su entorno —la sabana, su reserva agrícola y pecuaria— se continuaba manejando con base en pautas semiseñoriales. Según el geógrafo colombiano Francisco Vergara y Velasco, a finales del siglo era controlada por sólo treinta propietarios, uno de los cuales poseía 5.000 hectáreas de la mejor tierra, la cual, además, “no se explotaba adecuadamente debido al ausentismo de los propietarios, su confianza en mayordomos ineptos y a la utilización de métodos agrícolas anticuados”. A pesar de su alto precio rendía una ganancia ínfima: 3% anual (pág. 61).

En el capítulo III, titulado “Un perfil liberal”, se intenta elaborar algo así como una “tipología” del dirigente radical entre 1863 y 1885 con base en el examen de los datos biográficos de más de cincuenta liberales, comenzando por los once presidentes del período, entre quienes se destacan Mosquera, Murillo Toro, Santos Acosta, Eustorgio Salgar, Santiago Pérez, Núñez... La autora recalca el papel preponderante que desempeñaron los santandereanos e incluso de quienes, sin ser oriundos del estado, tenían algún vínculo con él, por ancestros o por sus actividades. Aunque en la dirigencia predominaban los blancos descendientes de españoles, ya

era perceptible en ella la ocasional presencia de mestizos y mulatos, particularmente en la costa Atlántica y Panamá. En lo que se refiere a sus orígenes socioeconómicos “eran variados, aunque de ninguno de ellos se dice que haya nacido en el seno de una familia de las capas más bajas de la sociedad” (pág. 97). Algunos, como Medardo Rivas, provenían de familias destacadas de la colonia, bien por su riqueza o por su pertenencia al funcionariado, mientras otros, como los tolimenses Rojas Garrido y Murillo Toro o el santandereano Aquileo Parra provenían de familias modestas, aunque con frecuencia, como en el caso de Murillo Toro, sus padres ya habían sido personajes de alguna relevancia en sus respectivas comunidades. De otra parte, a lo largo de sus vidas, muchos radicales aparecen asociados a incipientes empresas comerciales y financieras, bancos, firmas exportadoras e importadoras, el sector de los transportes. En lo que respecta a su educación y profesión, la mayoría eran abogados, aunque algunos eran médicos o comerciantes autodidactos, como era el caso de Parra.

El capítulo IV está consagrado a “la evolución del pensamiento liberal” y muestra la forma como a lo largo del siglo XIX el liberalismo colombiano recibió el influjo de los filósofos y economistas ingleses y franceses, comenzando por Jeremías Bentham —“sin duda el escritor favorito de Santander y su círculo de liberales” (David Bushnell, citado por la autora)— y por Destutt de Tracy, cuyas obras fueron excluidas de las universidades neogranadinas por la reforma conservadora de 1843 bajo la orientación de Ospina Rodríguez. El más caracterizado expositor del utilitarismo y del sensualismo fue Ezequiel Rojas, quien había tratado a Bentham durante su estadía en Europa como exilado por su participación en el complot contra Bolívar en 1828 y que expuso la doctrina en una serie de artículos publicados hacia 1870. También durante su estadía en Europa Rojas había sido discípulo del economista Jean Baptiste Say, cuyo tratado de economía política fue el texto oficial del Colegio de San Bartolomé en la década del veinte. Como comenta la autora, “es probable que los libe-

rales colombianos se familiarizaran con las ideas de Adam Smith a través de la interpretación de Say de *La riqueza de las naciones*, como ocurría con sus contrapartes en otros lugares de la América española, y no con el estudio directo de la obra del economista escocés” (pág. 131).



La revolución de 1848 influirá notablemente sobre los miembros de la generación radical, que leyeron con fervor a Bastiat, Saint-Simon, Proudhon, Eugenio Sué, Lamartine, entre otros. La autora recuerda que José María Samper y otros de los jóvenes que frecuentaban la Escuela Republicana “se consideraban socialistas, sin entender el significado del término”, y agrega que parecían “embriagados con palabras, con novedades políticas y con las extravagancias de los escritores franceses” (pág. 133), asunto este último que, por lo demás, se repetirá a lo largo de la historia de nuestra precaria vida intelectual, hasta nuestros días. En el caso de Núñez, quien vivió unos años en los Estados Unidos y en Inglaterra —como cónsul del país en Liverpool—, así como en el de Salvador Camacho Roldán y Carlos Arturo Torres, que ya pertenece a la generación de fin de siglo, las influencias decisivas provienen de Herbert Spencer y Stuart Mill.

A partir del capítulo V el libro se concentra en el estudio de los desarrollos propiamente políticos —y, concomitantemente, militares—, cuestionando la autora desde un principio, al considerar las circunstancias del país, la eficacia del ordenamiento federal, en relación con el cual recuerda por ejemplo a Miguel Samper, quien en 1881 llegó a comparar el federalismo colombiano con el feudalismo de la Europa

medieval: “en su opinión, los gobiernos estatales eran similares a grandes baronías, mientras que el gobierno federal, como las monarquías de la Edad Media, ejercían sólo una autoridad nominal” (pág. 185). Por ello era tan frecuente el que las rivalidades entre las diversas facciones liberales condujeran a enfrentamientos interestatales, aunque ellas usualmente no se limitaban más que a “la consecución de empleos y beneficios personales para los jefes locales del partido y sus seguidores” (pág. 198).

Lo anterior en buena parte explica el que se haya producido “la crisis del liberalismo” —como se intitula el capítulo VI—, que se hará evidente entre 1875 y 1885 con el surgimiento del grupo nuñista de los “independientes” y la división del partido, que supieron aprovechar hábilmente los conservadores, particularmente cuando se agudizó alrededor de la cuestión religiosa, por la tenaz oposición de la Iglesia a la reforma educativa de 1870, que condujo en 1877 a que se decretara el destierro por diez años de los obispos de Pasto, Popayán, Santa Fe de Antioquia y Medellín, medida que sería revocada tres años más tarde, cuando los independientes controlaron el congreso, en 1880, el año en que a Julián Trujillo le sucedió en la presidencia Rafael Núñez, quien en su discurso de posesión solicitó del congreso la aprobación de una tarifa aduanera destinada a proteger la incipiente producción industrial doméstica, así como “la creación de un banco nacional que sirviera como acicate al crecimiento económico” (pág. 275), medidas que fueron aprobadas contra la oposición de los radicales ortodoxos.

La reelección de Núñez y su posesión en agosto de 1884 daría ocasión para la ruptura definitiva cuando, a comienzos del año subsiguiente, un grupo de radicales se levantó en armas en Santander y Núñez pidió ayuda a los conservadores, nombrando a un miembro de este partido, el general Leonardo Canal, comandante del ejército que se movilizaría, como dijo aquél, “para defender los intereses de la nación”; Canal, en efecto, lograría aplastar la rebelión —a la que se habían sumado los gobernadores de Antioquia, Tolima, Boyacá y Bolívar— a finales de agos-

to, lo que le permitió a Núñez declarar el 10 de septiembre que la constitución de 1863 "había cesado de existir", agregando a renglón seguido: "Bien pronto los pueblos se darán una nueva que satisfaga sus verdaderas necesidades y que consulte las inclinaciones de la gran mayoría del pueblo colombiano. Esa Constitución empezará invocando el nombre del Todopoderoso".



De esta manera, como comenta la autora, la Constitución de Rionegro "había llegado a un fin ignominioso, sacrificada por uno que se había comprometido a defenderla" (pág. 294). Y agrega en el párrafo subsiguiente: "Los acontecimientos de 1884-1885, sobre todo representaron una victoria para los conservadores, en particular para aquellos jefes del partido que habían abogado por la estrategia de colaborar con los independientes", por lo cual resultaba lógico que un Carlos Holguín, quien ya desde 1869 "había percibido la potencial eficiencia de tal estrategia", se convirtiera en una de las figuras prominentes del nuevo régimen. En cuanto toca a la suerte de los independientes, "tenían pocas razones para congratularse", pues aunque habían logrado algunos de sus propósitos, en realidad "habían preparado el camino para la restauración conservadora a costa de la disolución de su propio movimiento".

Los dos últimos capítulos —"En el papel del vencido" y "Camino a la revolución"— se consagran a resumir, en primer lugar, los acontecimientos que caracterizarían el proceso del movimiento de la "Regeneración", dirigido por Núñez y Miguel Antonio Caro, el cerebro de la constitución centralista de 1886 y a cuya candidatura a la vicepresidencia cinco años más tarde opondrán los conservadores antioqueños,

con el respaldo de un buen número de liberales, la de un patricio de la región, el general Marceliano Vélez, lo que se convertiría en una escaramuza de la división conservadora entre los así llamados "históricos" y "nacionales" (o "nacionalistas").

Al resultar elegido Caro, se convertiría en presidente en 1892, cuando Núñez se retiró a su quinta de "El Cabrero" en las afueras de Cartagena. Doctrinariamente era Caro el más encarnado enemigo de los liberales, que fueron excluidos por completo del gobierno y la administración pública y reprimidos con particular energía, lo que condujo a que después de 1895 el partido liberal "en forma inexorable" —como dice la autora— "se deslizó hacia la revuelta armada contra la Regeneración" (pág. 355, primera frase del último capítulo del libro).

RUBÉN JARAMILLO VÉLEZ  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional de Colombia

## No apto para daltónicos

**Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899**

*Helen Delpar*

Procultura, Santafé de Bogotá, 1994, 550 págs.

Las disensiones políticas en nuestro país tienen un sello particular: la lucha de los partidos liberal y conservador por ejercer el poder, y el arraigo popular, casi siempre regional, que tienen ellos. Todavía se cruzan los epítetos de "godo" y "cachiporro" en las contiendas electorales, y los liberales acuden a la masa popular contra la llamada oligarquía, o los conservadores acuden a la tradición católica para obtener el apoyo en las urnas.

La historia de los partidos, sin embargo, ha estado influenciada por las visiones partidistas, hasta el grado de llevar los orígenes hasta un punto que se pierde en el horizonte, cuando se escudriñan aspectos particulares de la vida

de los próceres, o se remontan las constituciones a las pugnas de la naciente república, o se vierte la tinta sobre períodos de la historia colonial.

Más de una antología conservadora menciona a la España de los Borbones como la fuente originaria de este cauce ideológico, pasando por otros, como Juan García del Río, el primer Mosquera, y, por supuesto, Simón Bolívar. Por otro lado, desde Indalecio Liévano Aguirre comenzamos a mirar del otro lado, en una revisión sistemática de Henao y Arrubla, a situar el liberalismo estatalista, igualador y arbitrista, en los virreyes que se opusieron a la Fronda santafereña o caucana.

Allí es trasladado el pedestal de Bolívar conservador en que lo situó Álvaro Gómez Hurtado a otro en el que aparece la figura cimera del Libertador apartado de las pretensiones del grupo interesado en sus privilegios gremiales y corporativos, para defender un Estado benefactor, de apoyo a los pobres y visionario de la nacionalidad, más que de los arraigos regionales.



Esta pugnacidad trasladada al campo de la historia ha impedido ver con profundidad los reales acontecimientos a la luz de una interpretación objetiva, fría, sin las pulsiones de la defensa partidaria e ideológica. Sin embargo, paso a paso se ha abierto una nueva sala de operaciones y el bisturí de los historiadores está más agudo para discernir los diferentes aspectos de la realidad histórica.

A este propósito han ayudado los historiadores norteamericanos, para los cuales la historia de Colombia tiene un rasgo particular, en la existencia obstinada del bipartidismo, cuyo parecido con su propio país presenta muchas convergencias, entre ellas una sucesión